

FLASHES

Fernanda

Introducción

¡Recuento trágico!

Recuerdo instantes, momentos, en los que mi imagen cobra vida, siempre en diferentes lugares, con diferentes personas, ¡libre! Excedida en libertad... puedo sentir esos momentos y un escalofrío recorre mi cuerpo... Entonces quiero gritar desde aquí a esa imagen del ayer: “Detente, cuidado, alza la cara, no vayas a ese lugar, no busques a esa persona, no te prestes a esa ocasión, date la vuelta y vete a tu casa, una película te espera, algún libro por leer, a tu mascota no le has dado de comer, recuerda cómo cada madrugada te espera en la puerta para irse a recostar a tu regazo, buscando tu calor, tú, su única presencia”.

Tu celular tiene diez llamadas perdidas y reconoces los números; tal vez debas contestar, pero no te basta el alcohol en tus venas ni las drogas que consumes. La música está muy fuerte, es la misma de cada viernes, sábado y domingo, y de cualquier otro día que te quieras reventar, celebrando tu tristeza, tu alegría, tu soledad, tus triunfos, tus fracasos, tus ligues de manera más sana y grotesca.

¡Reacciona! Mírate dónde estás, perdiste la noción del tiempo y, tal vez, la razón, ¡a dónde pudiste llegar! ¿Recuerdas? Ahora hay un remolino de miedos en tu ser y tienes mil ideas al mismo

tiempo... Tus manos, tu ropa está manchada y tu aliento huele a resaca, ¡el ambiente huele mal! Tienes los ojos rojos, irritados y cansados, ahora no quieres mirar, ¡estás horrorizada! ¿Qué debes hacer? ¡¿Cómo pudo pasar?! Te duele la cabeza, juras que te va a estallar, piensas que estás soñando la peor de las pesadillas, pero es la cruda realidad... ¿A quién debes culpar? ¿A quién debes buscar? ¿A dónde debes escapar? ¿Y tu celular... dónde está? Ya amaneció. Tu voz se quiebra, quieres correr, pero no puedes dar ni un solo paso; tus piernas tiemblan y tus manos también. Un sudor frío te anestesia, ¡alguien dejó de existir! Su muerte fue trágica y violenta... ni siquiera sabes su nombre o su edad, pero su rostro, ¡jamás lo olvidarás! ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vamos a hacer? El tiempo pasó volando y ahora se ha detenido en seco, tu vida ya no es la misma, tantas cosas cambiarán... ¡Nuevas caras y nuevo hogar!

Sollozos, lamentos, caras largas y tristes, anhelando un mismo deseo y sintiendo un mismo dolor. Los planes, los sueños, las metas, los amigos, los compromisos, tu trabajo, tu escuela, tu mascota, tus cosas, ¡tu vida! Todo se quedó allá afuera... Buscas tu identidad en estas cuatro paredes grises y heladas, tienes tantos pendientes y sólo sabes que ahora estás aquí.

Aquí no existe tiempo ni espacio, sólo el dolor y un vacío en cada paso que das. Algún día tendrás que salir de aquí; la vida te puede esperar, mientras tanto, el tiempo te come. La cárcel no mata, ¡pero enloquece!



Recuerdo cuando era pequeña y me lleno de melancolía...

A la edad de cuatro añitos, comenzaba a comprender la vida a mi alrededor en mi escaso e ingenuo razonamiento. Crecí únicamente al lado de mamá; ella era y sigue siendo hasta la actualidad una madre soltera. Los primeros años escolares fui una niña

aplicada y estudiosa, mamá me exigía buenas calificaciones y yo me esforzaba con mi mayor capacidad para no tener problemas con ella. Debo confesar que nunca me gustó la escuela, pues a menudo cambiaba de residencia y, por consecuencia, de escuelas, amistades y demás.

Mamá me tuvo muy joven y era emocionalmente inestable, así que con el tiempo adquirí parte de su personalidad. Aún me lastima pronunciar la palabra escuela. Recuerdo que fueron cerca de cinco primarias donde estuve, pues continuamente mamá decidía cambiar de rumbo por diversas razones personales que le causaban conflicto: relaciones sentimentales, dinero, empleos, problemas familiares, resentimientos, rencores y rencillas solían ser los principales motivos para partir sin previo aviso.

Cada vez que llegaba a una escuela nueva, sufría el rechazo de mis compañeras y el ambiente era demasiado hostil para mí. Era difícil integrarme al grupo y al sistema; siempre fui reservada, tímida y aislada, así que ante los ojos de mis compañeras, era payasa, sangrona o, simplemente, como ellas me decían y gritaban: “Rara”. Me etiquetaban de mil maneras, me robaban mis cosas, me hacían burla y sus comentarios eran hirientes y constantes. Pasé muchos recreos sola y cada vez que cambiaba de escuela se repetía nuevamente la historia.

Así fui creciendo llena de miedos y de complejos de inferioridad. El qué pensaban o decían de mí me importaba demasiado, y así adquirí un carácter defensivo, inseguro e inconstante. Yo era la nueva, siempre la nueva y, sin buscarlo ni quererlo, tenía problemas y rivales, pues a pesar de ser una chica seria y antisocial, era común que sacara diplomas y estuviera en el cuadro de honor, lo que les provocaba enojo y envidia a algunas compañeras, y la relación con ellas era sencillamente insoportable. Con el tiempo me juntaba con niños; ellos me aceptaban tal y como yo era. Entre ellos y yo no existía competencia, me cuidaban y me daban la confianza y seguridad que ni siquiera en casa me daban. Con ellos

podía platicar, reír y llorar, y los llegaba a estimar tanto como si fueran parte de mi familia.

Cuando alguna chica me molestaba, de inmediato me defendían, y eso a ellas les superenfadaba. Me gustaba trepar árboles, jugar trompo, canicas, tazos, maquinitas, guerritas y fútbol. Desde que tengo uso de razón, mamá me obligaba a usar calcetitas con holán y vestidos de satín en colores pastel, icómo odiaba que me vistiera así! Muchas veces llegó a castigarme por hacer berrinche, y yo me ponía a llorar inconsolablemente de sentimiento, enojo y vergüenza.

Cada Día de Reyes, recibía de regalos muñecas y Barbies, así acumulé bastantes en mi librero, intactas, inmóviles. Llena de desánimo y confusión, le decía a mamá que deseaba que los Reyes me trajeran carritos, balones, muñecos o pistolas, y ella enojada me decía: “¡No, tú no eres niño, eres niña!” Y en ese entonces nada comprendía.

El primer día que cursé la primaria, clavé la mirada en una niña llamada Denisse. Tenía los ojos verdes y era güerita. Me llamó la atención su tono de piel y su complexión, sobre todo sus piernas torneadas. Ella usaba la falda lisa, en lugar de tableada, así que le entallaba muy bien. Para mí era la niña más bonita, y en silencio y a distancia la observaba.

No comprendía lo que ella me provocaba, no sabía definir esas sensaciones y emociones, si aquello era bueno o malo, pero, para mí, verla cada día de escuela era muy motivador.

El segundo año de primaria nos tocó estar juntas en el mismo salón y nos volvimos amigas. En verdad que me gustaba su compañía, pero llegó el día en que tuve que partir de esa escuela y nunca más volví a saber de ella.

Tuve dos que tres noviecitos, los más populares y caritas. También los chicos me llegaron a llamar la atención, pero no pasaba de ser sólo un gusto sin emoción. Mis relaciones con ellos solían ser fugaces y me causaban aburrimiento. Hasta la fecha no sé cómo

relacionarme con un hombre, en verdad desconozco mucho de ellos.

A mis quince años besé por primera vez a una mujer llamada Gaby, era mi vecina. Con el tiempo se volvió mi mejor amiga, con quien pasaba todo mi tiempo libre. Ambas teníamos muchas cosas en común: nos gustaban los videojuegos, salíamos a patinar, a jugar básquet, y éramos muy “rudas”, ella un poco más que yo, pues usaba ropa muy holgada, gorras, y siempre vestía de *pants* y tenis. De ser las mejores amigas, nos volvimos novias de “manita sudada”. La quise de una forma especial, pues fue mi primera relación sentimental con una chica igual que yo.

Mi comienzo en el ambiente lésbico-gay (Zona Rosa)

Así comencé a abrirme camino en el ambiente lésbico-gay. Gradualmente fui conociendo chicas que sentían y pensaban de manera similar a la mía; algunas vivían en secreto su preferencia y procuraban ser discretas, mientras que otras aceptaban su “condición” y vivían con orgullo su preferencia, sin apariencias ni límites. Se volvió adicción el internet en mi vida, y por medio de la computadora me citaba con chicas en puntos de encuentro estratégicos para ir a tomar un café, y si era mejor, unas chelas. Me gustaba frecuentar Coyoacán, Universidad y Mundo E, pero, para ser sincera, me encantaba y prefería lanzarme a Insurgentes (Zona Rosa), pues ahí es común encontrar lesbianas y homosexuales a la vuelta de la esquina.

También en la Zona Rosa descubrí los bares, cantabares, cubetazos (sitios donde venden cervezas en cubetas), billares, antros, *tables dance* (lugar donde bailan mujeres con poca ropa o nada de ropa y muy provocativas), y también las *sex-shops* (tiendas de artículos y productos exóticos sexuales). Poco a poco el ambiente

me fue ganando y dejé incluso de entrar a la secundaria (me iba de pinta) para irme de reventón.

Mamá ya no sabía qué hacer conmigo. Frecuentemente discutíamos por mi conducta rebelde y mis calificaciones bajas. Dejé de respetar las reglas en casa, llegaba muy tarde y alcoholizada a pesar de mi escasa edad (dieciséis años).

Cuando mamá se enteró de mi preferencia o, mejor dicho, confirmó sus dudas, dio el grito en el cielo, me llevó a terapias con el psicólogo y también con el psiquiatra. Ella juraba que yo estaba confundida y que todo esto iba a ser algo pasajero, pero nunca llegó el día en que yo me “curara” de ese “malestar”, porque yo sigo segura y practicando mi preferencia sexual. Le costó trabajo asimilar que me gustaban las mujeres, pero a final de cuentas, terminó aceptándome. Después de este proceso, su siguiente pesar fueron los antros, de donde ya no me podía sacar.

Comencé a dejar de llegar a casa, y cuando regresaba al otro día, ya no sólo tenía la resaca del alcohol, sino también de las drogas. En ese entonces me iniciaba en el consumo de cocaína en polvo o inhalada, mejor conocida como “chato” o “pase”. Cuando ya me sentía muy borracha, inhalaba ese polvo y de inmediato se me bajaba la alcoholizada y, al mismo tiempo, me desinhibía, me volvía más social y atrevida, y tenía más energía para seguir en el *rock and roll*. Aquella droga me daba seguridad en mis conquistas y ligues y, según yo, tenía más pegue y éxito.

Cuando cumplí mis dieciocho años, mi profesor de música José Luis Puente, a quien conocí en la Casa de Cultura Alfonso Reyes, en la delegación Cuauhtémoc, me organizó una fiesta de cumpleaños que llevamos a cabo en el patio de mi casa.

La música era una de mis grandes pasiones, así que José Luis me inició en ese ámbito, y entonces creamos un grupo llamado Ardil, del que yo era la vocalista y, en algunas canciones, tocaba la batería. Recuerdo que celebramos mi mayoría de edad en grande, pusimos lonas, montamos bafles, luces, conectamos instrumentos y

el equipo de sonido con el que regularmente hacíamos las tocaditas, particulares o altruistas; por fin tenía derecho y la libertad para tomar decisiones serias, según yo.

Anhelaba hacer lo que yo quisiera sin restricciones, sin límites, sin importarme lo que pensarán o digieran los demás, pasando incluso por encima de lo que opinara mi madre. Mi maestro y mis compañeros del grupo (Adrián, Ricardo, Érick, Abril) compraron una caja de botellas de tequila y refrescos de toronja, empezamos a ambientarnos y a tocar las rolas que yo componía; bebí sin importarme absolutamente nada. Jamás pedí permiso a mi madre, y brindamos por mi independencia y mayoría de edad. Conforme pasaron las horas, me percaté de que a mi alrededor había muchas personas, amigos, vecinos, compañeros de la escuela y también personas completamente desconocidas, a las cuales ni yo ni mis amigos habíamos invitado. Era muchísima gente, pero eso no importaba, yo era inmensamente feliz y sólo quería seguir divirtiéndome.

Mamá estaba furiosa, entraba y salía de casa, decía que le dolía la cabeza y que estaba “engentada”. Esa era la primera vez que yo vivía delante de mi madre y mis hermanos, y la primera vez que los ignoré por completo. Se acabó el tequila y mandamos por unos cartones de cerveza (caguamas), tocamos y cantamos hasta perder la noción del tiempo; la música era la más placentera pasión que me motivaba a vivir, a sentir, a componer, a crear y soñar! y decir todo lo que deseaba, expresar mis sentimientos.

De repente, el mal tiempo se hizo presente. Comenzó a llover con fuerza. El equipo de sonido hizo corto circuito y, a causa de eso, toda la colonia se quedó sin luz. La fiesta había comenzado a las cinco de la tarde y terminó como a la una de la mañana. Mi casa estaba hecha un caos, yo había perdido el sentido y, cuando reaccioné, mamá me tenía abrazada buscando tranquilizarme, pues estaba empapada en llanto. No sé por qué ni el motivo por el cual estaba tan mal, pero de ahí para el real, la comunicación

entre mamá y yo se había fracturado aún más. Ella sentía que me estaba perdiendo, y eso la entristecía y la desesperaba. Mamá siempre trató de hacerme recapacitar, pero yo sólo buscaba pretextos para salir huyendo de casa.

Dos meses después decidí ser independiente y me fui de casa; ya tenía un empleo, despachaba gasolina diariamente, tenía dinero para sobrellevar mis gastos y ver por mí. Renté una habitación en un hotel cerca de mi casa, y yo me contaba que todo estaba bajo control, pues era una mujer autosuficiente y con muy buenos ingresos económicos. Evadía mi realidad yéndome de juerga cada viernes, sábado y domingo.

Mi poder superior era el alcohol, las drogas y las mujeres. Ya no era suficiente doparme con “chato”, necesitaba efectos especiales y reacciones nuevas y psicodélicas, así que probé las “tachas”, el éxtasis y los ácidos.

Me encantaba bailar en la pista y sentir cada nota musical en los poros de mi cuerpo, bajo la lluvia de colores. Mis sentidos eran sumamente sensibles y podía perderme rodeada de estrellas y sensaciones que bajo el efecto de esas drogas yo podía palpar, sentir y ver.

Fabricada Fernanda

Así comencé a dejar de ser esa chica antisocial reprimida, tímida y aislada y fabriqué a “Fernanda”, mejor conocida en el ambiente como “¡la tremenda Fernandita, la reventada Fernandita!”, esa chica que era popular entre lesbianas, liberal y promiscua, que lograba lo que quería y no tenía respeto por nada, ni siquiera por sí misma.

Pasó el tiempo y yo seguía estacionada y enfrascada en la vida nocturna.

Valerie, imi gran amor!

Cumplí veinte años, y un viernes en el antro Acertijo, ubicado en la Zona Rosa, conocí al amor de mi vida: una joven de, en ese entonces, diecinueve años de edad, alta, morena clara, esbelta y escultural; era modelo de una prestigiada marca de ropa interior, atractiva mujer en toda la extensión de la palabra, hermosa y cautivadora estrella del firmamento, la más brillante, la más bella.

Recuerdo que ya eran casi las doce de la noche de ese inolvidable viernes social. Esa noche permanecí casi todo el tiempo sentada, estaba cansada por haber trabajado en la gasolinera doce horas continuas. Mis jornadas laborales y mis juergas nocturnas me llegaban a caer de peso y entonces prefería ser espectadora de cómo mis amistades bailaban, ligaban y debrayaban, claro, sin dejar de mencionar que mi fiel compañía solía ser el alcohol.

Alguien llegó y me tomó de los hombros por la espalda. Era Alberto, uno de los tipos de seguridad del antro. Me sonrió y, como siempre, me sentí en confianza. Se me acercó al oído y me dijo: “Oye, Fernanda, pareciera que estás aburrída esta noche, ¿acaso no piensas bailar?” Le dije que sí estaba animada, pero un poco cansada, e inmediatamente replicó: “Pues, con la suerte que te cargas, no deberías permanecer aquí sentada. Hay una chica que quiere conocerte, dice que le lates, y no está nada mal ¿eh? No recuerdo su nombre. En realidad es nueva por aquí; es alta, y trae una gabardina de piel negra. A mi consideración y a la de otros, está muy bien dotada. Párate de esa silla y búscala, por aquí anda”. Inmediatamente giré mi mirada en todas direcciones buscando encontrar a mi misteriosa admiradora. Me paré de la silla y comencé la búsqueda a pie. Subí, bajé escaleras, y por un momento pensé que ya se había ido, que yo había sido demasiado lenta para actuar, pero cuando menos me di cuenta, sentí un cálido y modoso abrazo. Era mi amigo gay llamado Daniel, quien susurrando en mi oído me dijo: “Ya me enteré. Una pajarita muy linda te quiere conocer”,

y me tomó de la mano. Tres mesas atrás de mí se encontraba ella. Nunca antes había visto por mis rumbos a aquella singular mujer. Mientras nos acercábamos a ella, no dejé de observarla. Lucía un tanto seria y, cuando estuve justamente enfrente de ella, egocéntrica y victoriosamente le pregunté: “¿Soy esa persona que buscas conocer? ¿O acaso me dieron mal la razón?” Ella alzó su rostro, pues estaba tecleando en su celular, me sonrió y se puso de pie. Me contestó muy segura de sí: “¡Claro que eres la persona indicada! ¿O tú qué crees?” Me sonrojé y se percató de mi color, me extendió la mano y me dio un beso en la mejilla izquierda haciéndome saber su nombre: “Me llamo Valerie”. Entonces contesté: “Fernanda”. Me invitó a sentarme a su mesa, conversamos, bebimos licor. Era la primera mujer que me ponía nerviosa y me hacía sentir insegura. Era tan simpática que, de inmediato, me contó que ella era una de esas chicas igual a mí, que sólo buscaba relajó o un *free*, así que después de robarme la atención, decidí bajar de mi avión y proseguir con mis planes y con mis amigos, lejos de ella. Me despedí, me pidió mi número de celular, se lo di mal a propósito y ella me dio el suyo. Me abrazó y me dijo que me llamaría para vernos pronto otra vez y que fue un placer conocerme. Le contesté que estaba bien y sonreí. Me retiré de su mesa, les llamé a mis amigos, abordamos un taxi y nos dirigimos a casa de David, otro amigo gay, para seguir la fiesta hasta el amanecer.

Traje en mi mente a Valerie toda esa noche; me había impactado tanto que me rehusaba a sentir y pensar en un reencuentro. Pasaron los días, y aunque tenía su número, decidí no marcarle.

Llegó nuevamente otro viernes social y, en compañía de mis inseparables amigos de ambiente (Dafne, Neftalí, David, Daniel, Berlín, Luis, Francisco y Ángeles), hice acto de presencia en nuestra amada y adorada Zona Rosa. Esa noche inauguraban un nuevo antro gay llamado Pink Side, así que no podíamos perdernos la oportunidad de conocerlo y, sobre todo, de estrenarlo. Entramos y transcurrieron un par de horas. El ambiente era bueno, buen

servicio, buen concepto del lugar, atractivas promociones y variedad; yo estaba divertidísima y, como siempre, hasta el “queque”. Una persona llegó, me abrazó y me tapó los ojos. Percibí un aroma, una fragancia que no era frecuente, pero de la que estaba segura que, alguna vez, en alguien no común, la había percibido. Aún con los ojos cubiertos, inicié la exploración con mis manos. Palpé la ropa de aquella mujer, en su cuerpo había curvas, sentía la textura de su piel en su atuendo. Alcé mis brazos y, entonces, con mis dedos, recorrí su rostro, toqué su cabello, largo y lacio; su mentón era triangular. Me animé a tocar sus muslos y piernas bien proporcionados, y ella soltó una tremenda carcajada. Al escuchar el tono de su voz, confirmé mi descubrimiento y, sin dudarle, le dije:

–Ya sé quién eres, ¡eres tú Val!

–¡Wow! –comentó ella–, creí que ya te habías olvidado de mí –de inmediato me destapó los ojos y en forma sutil, pero con reproche me dijo–: ¡Con eso de que dan los números de celular mal!

Sus palabras lograban hacerme sentir especial, ilusionada, segura. La abracé y le dije muy juntito al oído:

–Mira, sólo te puedo decir y prometer que ahora sí te voy a dar mi número bien, y seguro que debes de esperar mi llamada también.

Ella tomó la iniciativa y se acercó mucho a mí, me tomó con sus manos las mejillas y me besó en la boca. Al hacer eso, también besó mi corazón. Entre besos y caricias me preguntó:

–¿Tienes miedo?

–¿De qué?

–¡De enamorarte de mí!

Me quedé sin palabras y ella interpretó mi silencio.

Fue así como decidí emprender mi camino a su lado, y después de casi un año de noviazgo, rosas, chocolates, música y reventón, nos apartamos de todos los excesos y comenzamos a vivir juntas. Ella se volvió mi todo; reímos, lloramos y fuimos una sola en muchos momentos.

Sin temor a equivocarme, le entregué mi ser, mis emociones y sentimientos. Existía esa mágica química y afinidad, compartíamos gustos y pasiones como la música, y eso le daba un toque especial a lo nuestro. A pesar de que las dos éramos muy jóvenes, luchamos a capa y espada por aquel sentimiento que compartíamos y que cada vez se hacía más y más intenso.

Mamá aceptó mi preferencia y me apoyó sin condiciones. Tanto, que por un tiempo vivimos con ella y mis hermanos; Val era parte de la familia, y tanto mis hermanos como mi madre la adoraban. Por parte de la familia de Val nunca hubo apoyo, al contrario, fueron una sombra en nuestra vida, pues su madre repudiaba el lesbianismo y era una persona de cuidado y sin escrúpulos que, gracias a su posición económica, tenía un terrible poder e influencia y, sobre todo, la finalidad de separarnos de la forma que fuera. Hubo amenazas, persecuciones y ultimátum. Fueron varias las ocasiones en las que, precipitadamente, salíamos huyendo en busca de un nuevo rumbo y domicilio. Llegué a sentir miedo, a temer por mi vida y la de mi familia, pero sobre todo tenía un inmenso miedo a que logran separarme de Val.

Llegó el momento en que comencé a doblégame ante aquella desgastante situación y me filtré en mis miedos. ¿Por qué tenía que interponerse alguien cuando amaba tanto? Dejamos de salir de casa, de frecuentar a los amigos y los antros, vivíamos a la defensiva, cuidando nuestras espaldas, pues la última vez me encontraron en una taquería y me amenazaron de muerte y me exigieron que la dejara. El miedo, la impotencia, el enojo y la frustración eran el pan nuestro de cada día. Aquello ya no era para ella ni para mí. Caí en depresión y, para evadir lo que sentía, tomaba en casa sin ninguna restricción. Val me suplicaba que dejara de beber, y con el tiempo sólo me contemplaba decepcionada y en silencio.

No me daba cuenta de la magnitud de mi alcoholismo. Me descuidé y la descuidé a ella, me volví irresponsable y violenta,

siempre le echaba en cara que todo lo que me pasaba era por ella y por su maldito amor.

Llegó el día en que Val hizo sus maletas y se alejó de mí, aunque lloré y supliqué que no me dejara. Se marchó, me quedé sola y en la nada. Continué bebiendo y así no sentía del todo su ausencia, pero algo muy dentro de mí albergaba desesperanza y mucha tristeza.

Jamás logré superar su partida. En mi inconsciencia creía que alguna vez podría recuperarla y, a pesar de que la busqué desesperadamente, ella ya no quería saber absolutamente nada de mí. Ella era el motivo más grande por el que debía continuar sufriendo y lacerándome. Nuevamente me refugié en los antros, y cada vez que amanecía después de una noche de copas, una mujer diferente y extraña despertaba a mi lado; mis gustos y estereotipos se desvanecían al igual que yo, y aquello sólo me traía intensa y amarga soledad.

LA SOLEDAD
(pensamiento)

¡La soledad! Quien me ha sabido dominar e intimidar.
Me ha obligado a hacer muchas cosas,
y también me fabricó una personalidad que, muchas veces,
se rompe, dejándome a la deriva e indefensa...
Cuánta soledad y también cuántos años ¿no?
Muchas veces me ha influido y aconsejado,
¡tanta confusión en emoción y sentimientos!
¡Tanta ausencia de Dios o de un poder superior!
Tanta soledad bordada de desolación y miedo.
¡Me está faltando el aliento y el coraje!
Tantas heridas destiladas e insensibilidad siniestra...
¡Tantas llagas en el alma y tantas caretas!
¡Desorbitada, aturdida, fastidiada,
de todo, de nada, me siento tan lastimada!
Odio hablar de todo esto, pues me llega a calar

hasta los huesos y más adentro...
Mi fe está derretida, debilitada, desmoralizada.
¡Tanto conocimiento desperdiciado y yo enclaustrada
en despersonalización latente!
¡Sólo sé que estoy!
Sueños que vociferan auxilios y desolación.
Tanta negación en mi vida, ¡en abrumadora vida!
Tanta descalificación ante mí misma...
tanta soledad a flor de piel.

Recuento “La soledad”

¡Verdugos! ¿Quién antes de encarcelarme físicamente me encarceló interior, emocional y espiritualmente dentro de esta débil mente?

Tengo veintisiete años, pero dentro de mí sigue existiendo una niña lastimada, confundida, asustada y, sobre todo, cruelmente abandonada. Introversa, antisocial y tímida, que dentro de este lugar, a base de sufrimiento y experiencias dolorosas, se ha fortalecido y ha aprendido a subsistir y sobrellevar circunstancias y gente...

Esa soledad que dentro de mi mente crece y crece, y tengo que callar a los fantasmas de mi mente, enfrentarlos y madurar; porque aun rodeada de gente, ¡me siento a la deriva y tan fuera de lugar! Crecí llena de dudas y miedos. A solas, me solía preguntar a mi corta edad qué era aquel sentimiento que me provocaba dolor y desesperación, pero sobre todo enojo y frustración.

La soledad me abrazaba fuertemente, me contaba mil historias al oído y poco a poco distorsionaba y marcaba mi realidad.

¿Cuántas veces necesité sentirme protegida y acompañada? El que me alimentaran y fomentaran mi estima con un beso, con un abrazo, con una caricia, al menos con palabras. Una compañía humana, la más anhelada y precisa, ¡especialmente la de mi mamá! ¡Sé que mi madre me dio todo lo que me podía brindar en su

capacidad! Su historia y su infancia la limitaron al igual que a mí, sus padres le dieron lo que le pudieron dar. Entonces, a mi edad, hoy no puedo juzgar ni reprochar ni cuestionar indudablemente, como todo niño; es importante la compañía sana y objetiva.

MIS HERIDAS HABLAN
(pensamiento)

¡Mis heridas son muchas! Mis heridas hablan de soledad de abandono y de incredulidad.

Mis heridas hablan de traición y mentiras, de engaño, de sufrimiento y dolor!

¡¿Cuántas veces le he suplicado compañía a un ser humano, olvidándome de mí y de la presencia de Dios?!

Mis heridas hablan de miedo y autolimitación, de un descontrol en todo mi ser y en mi mente... causando fastidio y tedio...

Quiero ser muy honesta ante esta libreta y hacer a un lado el mundo y su rol.

¿Cuál es mi misión en este lugar?

¿Por qué todavía existo, a pesar de tanta experiencia y equivocación?

He respirado el pánico y he marcado mis muñecas con desilusión y desesperanza. Cada cicatriz tiene algo particular respecto de las demás.

¡El escenario nada más!

La soledad

La soledad me ha orillado a hacer muchas cosas, me ha causado sufrimiento, dolor y deslealtad conmigo misma, ante lo que siento, lo que pienso y lo que hago. Desde pequeña me ha hablado al oído, me ha susurrado una y otra vez que estoy sola, que soy perdedora,

que suelo ser una tonta, retrógrada, inmadura, y a veces me grita con gran voz y tono enfurecido y despiadado que soy una niña de seis años en un cuerpo de mujer.

Conocí la soledad con la ausencia espiritual de mi mamá; tal vez estuvo conmigo físicamente, pero siempre busqué sentirme parte de ella desesperadamente. Gracias a esa desolación, en muchas ocasiones buscaba la aceptación y el afecto que desde muy niña me hizo falta, y me juntaba con amistades malsanas; así sentía que era inmune a ese sentimiento. También me involucraba sentimentalmente con personas equivocadas, que lejos de darme compañía y verdadero amor, me deterioraban interior y emocionalmente cada vez más.

A pesar de estar en este lugar, sigo cayendo en las trampas de mi propia mente y mis carencias (engaños y confusiones).

Hace algunos meses todavía me drogaba, me cortaba las muñecas y caía en depresiones constantes. Deseaba morir para no sentir y evadir mi realidad en este sitio. Poco a poco, y a base de experiencias dolorosas, he ido saliendo adelante.

A pesar de mi rebeldía, libertinaje y transgresiones, jamás imaginé llegar a la cárcel. Una noche de copas y mi vida loca fueron motivos que me trajeron a este lugar. Siempre tuve un concepto de la cárcel y su gente (los internos) como algo verdaderamente extremo y lejano a mí. Alguna vez mis padres y mis amistades me dijeron que mi vida desenfrenada me traería a un lugar así. No quise escuchar sus advertencias y llevo presa cinco años. Aquí he tenido que vivir experiencias dolorosas, la soledad me abrazó con más fuerza y tengo el resentimiento a flor de piel.

El no querer aceptar mi realidad me ha llevado a refugiarme en relaciones sumamente destructivas, a consumir drogas como la “piedra” (cocaína cocinada), y a conocer la vileza de la miseria total, sumergiéndome en el fracaso y la depresión. Aquí también aprendí a convivir con gente extraña, maleada, adicta, profesionista, no adicta, de distintas posiciones sociales, secuestradoras,

rateras, violadoras, golpeadoras, defraudadoras y homicidas a sueldo o por accidente. También aprendí a sobrellevar a las personas, a conocerlas y observarlas para evitar problemas o conflictos mayores. Soy alguien que, hasta la fecha, sigue siendo antisocial, aislada y desconfiada.

Hablo y converso un poco más que antes, y tengo dos o tres amistades a las que he aprendido a estimar y a confiar en ellas, aunque, por circunstancias y situaciones, pienso que en este sitio no existen los verdaderos amigos. Los que estamos en la cárcel somos personas enfermas espiritual y emocionalmente, un tanto lastimadas y dañadas por la vida. Algunas de nosotras venimos de familias disfuncionales, o pasamos una infancia difícil que marcó nuestra personalidad.

El día que me sentenciaron a veinte años de prisión por homicidio calificado y robo calificado mi mundo se vino abajo, sentí un dolor inmenso en mi alma, en mi interior. Por un momento todo se volvió oscuridad a mi alrededor, sabía que me esperaban muchas cosas por vivir y conocer, sentí impotencia por estar privada de mi libertad y, por primera vez, empecé a echar de menos a mi familia, a mis hermanos, a mi madre.

Sabía que había hecho las cosas mal, que había hecho todo para estar en este lugar. La culpabilidad, el miedo, la soledad y la frustración eran la dosis de cada día. Y esa tristeza y desesperación que albergaba mi ser me llevaron a consumir esa misma noche la famosa “piedra”. Llegué del Juzgado 45 del Reclusorio Varonil Norte, incontenible, deshecha, anhelaba un abrazo, unas palabras de aliento, de fe, de esperanza, de fortaleza. Creí que Marcela (una interna), que en ese entonces era mi pareja, podía escucharme y aligerar mi carga, pero ella consumía piedra y su adicción era muy grande y constantemente se intoxicaba. Desafortunadamente, en esos precisos momentos la encontré mal, me llené de enojo y de coraje por no tener su hombro y su apoyo emocional. Discutimos y cumplí mi amenaza. Le había advertido que si ella

continuaba drogándose, yo también lo haría con piedra. Así que mandé comprar dos, me metí al baño de mi estancia, y una chica llamada Yanin me facilitó el instrumento para consumirla. Cuando terminé de fumar esa primera dosis, sentí una sensación extraña de ausencia de la gente, de mí misma. Sentí frío, me sentí ajena a todo, instantáneamente anestesié el dolor de mi conciencia.

Dejé de pensar en ese gran problema y únicamente tenía necesidad de más sustancia, quería más; mi mente, mi cuerpo lo exigía, quería volver a sentir ese placer, no entendía ni me preocupaba nada, no sentía nada más que la compulsión de más droga. Me gasté todo el dinero que traía (eran como cuatrocientos pesos) y, antes de que me encerraran las custodias en mi estancia, mandé comprar y pedir prestada más droga. Me ganó el sueño como a las tres de la mañana, y al otro día, temprano, al despertar, amanecí con una cruda fatal. Me dolía la cabeza, tenía mucha sed y mi realidad era demasiado cruel para enfrentarla; pensé en la piedra automáticamente, sentí un vacío en la boca del estómago, las manos empezaron a sudarme de pensar en consumir nuevamente esa droga, hasta tenía la sensación de ir al baño y “hacer del dos”. Ya no tenía dinero, pero sí cosas, accesorios de belleza (aretes, cremas faciales), cosas personales, como champú, crema corporal, desodorantes, pastas dentales, cobertores, juegos de sábanas, tenis, zapatos, libros, ropa, tarjetas de teléfono y dulces. Cosas que mi familia y mis amigos me traían a este lugar en la visita, cosas que yo guardaba sin pensar que pudiera llegar a darles un uso con fines comerciales... ¡una pena más al costal! Otro error, otra equivocación, otra salida falsa: la adicción, que me acompañaría durante algunos años en reclusión.

Cárcel II **(Relaciones destructivas)**

Así comencé mi camino de adicción en la cárcel, adicción que cada día se hacía más grande y más fuerte, y ante aquella enfermedad me sentía incapaz e impotente. Seguí consumiendo y denigrándome cada vez más, en compañía de Marcela, una mujer ocho años mayor que yo, con quien aprendía a malearme y a sobrevivir en la cárcel, con la que al principio evadí mi soledad, pues en su compañía me refugiaba del dolor. Estando bien con ella, lograba dejar la obsesión por drogarme, pero cuando discutíamos, ella se alejaba de mí para volver a drogarse. Yo sentía dentro de mí un remolino de miedos, de angustia, de enojo; me deprimía y me sentía otra vez sola, así que prefería no afrontar mi realidad y drogarme. Cuando menos me daba cuenta, yo ya andaba desaliñada, más delgada, no tenía ni champú ni ganas de bañarme, pues vendía todo lo que económicamente pudiera tener valor. Llegué a perder mi dignidad y suplicar a alguna vendedora de piedra un préstamo; o al vender alguna cosa, llegué a llorar por no obtener la sustancia y, entonces, al verme completamente sin fondos y denigrada, ideseaba morir y no despertar jamás!

Cuando Marcela dejaba de drogarse, yo también lo hacía, volvíamos al “amor”, a un supuesto amor, abatidas por la resaca y los remordimientos, para compartir la miseria, las cuentas por saldar de nuestro consumo. Si alguna de las dos tenía visita, nos olvidábamos la una de la otra y nuevamente recurriamos al consumo. Llegó un momento en el que, además de reproches, reclamos y ofensas verbales, comenzaron los golpes, las exhibiciones, por droga, por celos, por infidelidades. Aquel amor se hacía cruel; una dependencia dolorosa en la que sufrimos ambas. Sabíamos que nuestra relación estaba muy fracturada, pero era insoportable estar lejos la una de la otra; necesitábamos una caricia, un abrazo, un beso, una palabra de aliento en la densa oscuridad, por temor a la soledad.

Ya no había respeto, sino envidia, coraje y mucho resentimiento de por medio. Cada golpe era ya con la finalidad de destruir, de acabar, al grado de querer llegar a matar para ya no seguir permitiendo esas situaciones, para llevar a cabo la venganza y saciar la ira.

Fueron muchas segregaciones (apando, castigo) por pelearnos a golpes. Las autoridades se percataban de nuestra relación enfermiza. Una madrugada, como a las dos de la mañana, una custodia llegó a mi estancia pronunciando mi nombre. Yo trataba de conciliar el sueño, después de haberme drogado hasta la una de la mañana. Pensé que me llevarían a certificar por qué me había drogado todo ese día, pero la custodia me dijo que tomara mis pertenencias. Le pregunté si me iba a apandar, o si me iba a cambiar de dormitorio por mi comportamiento o por algún reporte, pero acabó tajantemente con mis preguntas al decirme: “No, te vas de traslado a Tepepan”.

Me quedé sin palabras. Mis piernas temblaban y la voz se me entrecortó. Comencé a llorar; lo desconocido me daba miedo. Tepepan, para mí, era un lugar del que alguna vez me platicaron que estaban las personas más malas, más locas. Me asusté y pregunté: “¿Por qué a mí?” Exigí hablar con la comandante Reyna Montes y tener una explicación, pensé que era una equivocación, que yo no era esa persona a la que tenían que trasladar, pero la custodia me dijo que no había tiempo ya, que tomara mis cosas o si no, me trasladarían bajo sometimiento y sin las pocas cosas que aún tenía.

Comencé a empacar temblorosa y nerviosa. Cuando menos me di cuenta, mis compañeras de estancia ya estaban despiertas y me ayudaban a juntar mis cosas, se despedían de mí con bendiciones y los mejores deseos. Aquellos gestos me alentaron y me dieron un poquito de seguridad para poder partir. Le pedí de favor a la custodia que me dejara ir a despedirme de Marcela, ella se encontraba clasificada en el dormitorio de al lado, denominado “E”. Asintiendo con su cabeza, me dijo: “Anda”, así que corrí.

Mientras iba por el pasillo, le silbaba, sentía que no llegaba a despedirme de ella. Por fin llegué a su estancia. Se me había hecho largo el trayecto. Allí estaba parada tras la reja. Me preguntó qué hacía fuera de mi estancia y le dije que la amaba, que siempre lo haría, que la iba a extrañar mucho, pero que ya me tenía que ir. Desesperada me cuestionó: “¿A dónde?”, mientras exprimía mis manos con las suyas. Le dije que me iba de traslado a Tepepan, que tenía mucho, mucho miedo, y nuevamente rompí en llanto. Me abrazó, me dio un beso en la frente y, entre lágrimas, me dijo que volveríamos a estar juntas, que la esperara, por favor, que la perdonara y que también me amaba. Entonces las jefas llegaron por mí y me separaron de ella, entre jalones y empujones, recuerdo que cuando iba bajando las escaleras, Marcela no paraba de gritar que me amaba y lloraba desconsoladamente. Tomé mis cosas y caminé hacia una camioneta. En su interior iba otra compañera interna, Fabiola. Ella iba muy contenta, pues me comentaba que alguna vez ya había estado en Tepepan, que las cosas no eran tan malas como parecían, y entonces me dormí todo el trayecto en la camioneta.

El temible Tepepan

Llegamos al “sótano”, una zona subterránea de Tepepan. Ahí estuvimos quince días, las dos aisladas mientras nos hacían los estudios psicológicos, médicos, de criminología, etc., para integrarnos a la población y asignarnos, por nuestro perfil, a un dormitorio. Por fortuna, me reclasificaron en uno denominado “S”, no tan malo ni tan feo como otros. A pesar del miedo, de inmediato me reconocieron compañeras que había conocido en Santa Martha y que, como yo, fueron trasladadas aquí.

Estar sin Marcela era sumamente difícil para mí. Me inundaba la tristeza y me sentía incompleta. Una parte de mí se resistía a olvidarla y, para evadir mis sentimientos, nuevamente fue más

fácil drogarme. Llegué a vender todas mis cosas hasta quedarme en chanclas y sin nada, pero la institución me dio un trabajo en sala de visita como “estafeta”, así que empecé a trabajar y me volví a vestir, a calzar, y también dejé de intoxicarme con piedra. Sólo consumía mariguana y así, según yo, me la llevaba relax, no me metía en problemas y no vendía más cosas. Suplir una droga por otra me llevó a perder el control nuevamente, pues un día de visita y de trabajo, sentí la ansiedad por la piedra y decidí consumir “chochos” (psicotrópicos), los cuales me hicieron perder la razón y la noción del tiempo, pues me producen agresividad y me golpeé con una compañera llamada Claudia. Nos segregaron inmediatamente por riña; era mi primer apando en Tepepan.

Pasaron como tres días para que entrara en razón. Cuando reaccioné, tenía la nariz enyesada y mi cara estaba moreteada. ¡Me habían roto la nariz!, y también había perdido mi trabajo de estafeta. Mientras estuve en castigo, conocí a una interna llamada Rebeca, con quien compartía mi estancia. Era una chica de ojos verdes, simpática y muy atenta, que me inspiró confianza desde el principio. No sabía su historia ni quién era en realidad, pero hicimos amistad y no sentí el castigo como uno verdadero gracias a su compañía y a las conversaciones que teníamos. En poco tiempo, mi forma de verla cambió y ella también se comportaba diferente conmigo. Las miradas entre nosotras decían muchas cosas, y entonces nos relacionamos sentimentalmente. Ella se la pasaba cantando, tenía muy bonita voz y no me costó trabajo enamorarme de su ser. Llegó el final de mi castigo y subí a la población sola, pero con ella en mi mente. Ella tenía que permanecer en el apando castigada por tiempo indefinido, debido a la conducta rebelde que había tenido meses atrás. Todo me gustaba de ella, sólo que, al igual que yo, era una adicta más, pero estaba en abstinencia y sin consumo de drogas.

Al conocerla, mi vida cambió. Dejé de drogarme y mi sentimiento por Marcela se desvanecía con la ilusión de este nuevo

amor que llegaba a mi vida. Saber que Rebeca tenía que permanecer en castigo me causaba desesperación y angustia, pero aun distanciadas nos escribíamos cartas. Como ella no tenía visita, yo la procuraba enviándole con las custodias cosas personales (champú, crema, jabón), y algunas cosas de la tienda para hacerle saber que me importaba y que contaba conmigo a pesar de las circunstancias.

Mi corazón empezaba a latir con gran ilusión por ella, y las autoridades apoyaron nuestra relación. Le permitieron subir al “enlatado” (un cuarto con vidrios y rejas que daban hacia las canchas en población), y así yo podía platicar con ella una o dos horas. Pasó como un mes y entonces empecé a requerir más su compañía y un próximo encuentro entre ella y yo. Impulsivamente provocaba situaciones que ameritaban castigo para bajar a verla y estar con ella. Hice eso como cinco veces, hasta que solicité por medio de un escrito que se me autorizara un tiempo en el sótano para estar con ella voluntariamente. Esperé unos días. La condición había sido portarme bien y hacer las cosas de manera correcta y ser paciente. Mi solicitud había sido aceptada y nos permitieron estar juntas en el sótano. Después de quince días, el Consejo revaloró la conducta de Rebeca y su buen comportamiento después de casi un año de haber estado depositada (castigada) y decidió darle la oportunidad de subir a población junto conmigo. Nos clasificaron en el mismo dormitorio (4), y entonces comenzamos a vivir y caminar juntas.

Ella estuvo sin drogarse casi ocho meses, pero un día recayó en el consumo de piedra. También se iniciaron los problemas entre nosotras. Nuevamente en mi relación la droga se hacía presente. Estando en reclusión y a pesar de no contar con visita, se puede conseguir dinero de muchas formas, de manera digna y honesta, pero también de manera ilícita y denigrante para una mujer, y aún más para una mujer adicta a la que no le importa sino conseguir la sustancia. Rebeca conocía las formas y conductas para mantener su consumo. Tuvo que pasar un tiempo largo para que yo comprendiera que su adicción sobrepasaba los límites y el respeto hacia

una pareja y hacia ella misma, ya fuera para robar, extorsionar con personal docente y administrativo, servicio médico, seguridad y custodia (hombres), con los que hacía negocio. Ellos le proporcionaban lo económico, mientras Rebeca satisfacía sus necesidades sexuales, ¡prostitución! Yo no imaginaba de dónde ella conseguía dinero, o mejor dicho, no quería darme cuenta de las cosas. El “amor” y apego que sentía por ella me impedía ver más allá de mi nariz. Discutíamos a causa de su drogadicción, cada vez la sentía más distante de mí y yo me llenaba nuevamente de frustración. Sabía que las cosas estaban mal y llegó el momento en que dejé de ser fuerte emocionalmente, me encontraba fatal y recaí, incluso llegamos a consumir juntas en varias ocasiones. Sin embargo, siempre era yo quien decidía pararle a la fiesta e intentaba que ella también dejara de consumir, pero eso nunca pasaba. Ella se volvía sumamente agresiva en el consumo y, cuando yo trataba de evitar que saliera de la estancia encerrándola, comenzaba a pelear, a empujarme, a gritar maldiciones y a repartir golpes, que yo empecé a regresar.

También entraba en crisis y solía cortarse los brazos y las piernas sin piedad, llena de enojo e ira, así que una vez más, ésta fue una relación destructiva en la que sufríamos ambas partes. Los rumores comenzaron acerca de la forma en que Rebeca solventaba su adicción. Mucha gente se acercaba a mí y me decía: “Rebeca esto, Rebeca aquello”, etc. Cuando yo la confrontaba, ella lo negaba; yo sentía volverme loca entre tanta confusión. No sabía qué era mentira y qué era verdad, pero esa situación me lastimaba porque yo la amaba; muy en mi interior sabía que lo nuestro ya no tenía solución.

Llegué a sentirme utilizada, burlada, y mi orgullo por los suelos, así que comencé la venganza. Pensaba que ella me debía muchas cosas, que si yo estaba tan mal era por su culpa, y me volví agresiva. Por todo y por nada la golpeaba despiadadamente. En alguna ocasión, cegada por la ira, la piqué en el rostro y en el brazo

izquierdo, le abrí la cabeza con la esquina de un cajón de metal y a puñetazos le desfiguré la cara, casi le desprendí el ojo izquierdo. En esa ocasión, algunas compañeras del dormitorio dieron aviso a las custodias e inmediatamente me segregaron. Estuve alrededor de dos meses castigada a puerta cerrada, y entonces comprendí que había actuado muy mal. A pesar de eso, Rebeca me perdonó. Estaba iniciando una demanda por tentativa de homicidio, pero retiró los cargos y regresamos.

Subí a población. Duró unos días sin consumir piedra, pero nuevamente, Rebeca volvió a las mismas andadas. Ya no quería volver a dañarla, así que, voluntariamente, exigí que se me bajara al área de segregación, donde tenía contención. Ahí encerrada, llegaba a encontrar esa paz y tranquilidad que estando junto a ella me faltaba, pues me dolía ver cómo se denigraba por la sustancia y muchas situaciones más.

Una tarde, estando yo castigada, bajaron a Rebeca. Había robado y golpeado a una trabajadora social. Cuando bajó y la pusieron en la última estancia del apando, algo me decía que esta situación de sufrimiento estaba por terminar. Me llamaron al Consejo, y las autoridades de la institución (funcionario, directora, jefa de C.O.C., etc.) me hicieron saber las cosas que Rebeca estuvo haciendo, me dijeron que robó y confirmaron mis sospechas. Me quitaron la venda de los ojos: Rebeca ofrecía favores sexuales para satisfacer su consumo.

Me hablaron de relaciones destructivas, me brindaron apoyo psicológico y prácticamente me dijeron que a alguna de las dos se le iba a trasladar. Regresé a segregación. Rebeca me gritaba desde su estancia que para qué me habían subido a Consejo y yo no le daba razones, sólo le dije que me sentía cansada, que me dolía la cabeza y que no quería hablar. Ella me insistía, pero yo no contestaba nada. Me acosté en mi cama. Por mi mente pasaban mil cosas, aunque ya no sentía enojo ni coraje, sólo dolor, pues sabía que lo nuestro llegaba a su final con el alejamiento de un

traslado. Sentía una tristeza y desgaste profundo, pero algo muy dentro de mí sabía que la paz llegaría, que todo sería mejor. Entonces me puse de rodillas y comencé a hablar con Dios. Esta vez me brotaban las lágrimas, sentía una liberación interior con cada gota, me desprendía de miedo, enojo, venganza, y me sentía más ligera, más tranquila conmigo misma, ya no sentía esa carga en mi espalda. Le supliqué a Dios que nos separara para que todo aquello terminara, le pedí perdón por mis malas acciones, por mis errores y toda mi enfermedad. Lentamente caí en un sueño profundo. Cuando a altas horas de la madrugada escuché la puerta del apando (una puerta gruesa, pesada, de metal), alguien venía. Mi corazón latió fuertemente, un presentimiento me embargaba. Sabía que venían por Rebeca o por mí, y entonces se abrió la última puerta. Escuché las botas de las custodias que pasaron de largo por mi estancia y a lo lejos el nombre de Rebeca; era a ella a la que habían decidido trasladar. Ésa fue la última vez que estuvimos juntas. Subí a población y decidí meterme a un programa de desintoxicación para dejar el problema de adicción y también trabajar en mis problemas emocionales.

El día de los hechos (mi delito)

Recuerdo que era un viernes de tantos, en los que acostumbraba a salir de antro. Era el cumpleaños de una de mis ex novias, Andrea, que cumplía su mayoría de edad y se festejaba en un antro de la Zona Rosa. Yo no quería ir sola y pensé en mi mejor amigo, Marcos. Pasé por él a su trabajo (era taquero), eran las ocho de la noche. Esperé en la taquería para que él terminara su labor y, mientras, yo tomaba unas cervezas.

Dieron las nueve de la noche y llegó su relevo, Nicol. Subimos a su departamento para que Marcos se cambiara de ropa, dejé mi

mochila en su casa y nos lanzamos al antro. Él traía consigo dos cajas de chochos Reynolds y, por primera vez, probé los psicotrópicos. Por lo menos me tomé unos doce en el transcurso de la noche, y pensaba que no me hacían efecto, pero en estado de ebriedad y completamente drogada, perdí la noción del tiempo y de la realidad. Cuando me di cuenta, ya estábamos en otro lugar (un cubetazo), estaba por amanecer y Marcos y yo apenas llegábamos a su departamento, ubicado en la glorieta de Insurgentes. Como yo había bebido mucha cerveza, tenía la necesidad urgente de hacer del baño, así que entré a unos baños comunes, donde no había electricidad y estaban en condiciones deplorables. Una persona intentó entrar al baño donde yo me encontraba orinando y, como pude, cerré el pedazo de puerta y dije: “Está ocupado”. Entonces, vi cómo una sombra se alejaba del otro lado de la puerta, me senté en la taza y continué haciendo del baño. Apenas pasaron unos segundos y un tipo entró al baño y comenzó a manosearme, e intentó abusar de mí sexualmente. Le grité a mi amigo Marcos y él acudió en mi auxilio, sacó del baño al tipo y comenzaron a golpearse.

Salí del baño muy enojada, aquel suceso me había regresado a mi infancia, cuando alguien, de pequeña, abusó de mí en dos ocasiones. Entonces comprendí que yo ya era grande e, inmediatamente, me llené de ira y coraje. Cuando vi al tipo que quería violarme (llamado Brayan), le solté dos puñetazos y Marcos me hizo a un lado. Ellos dos continuaron golpeándose y, de pronto, ya había más personas en el escenario, las cuales en mi vida había visto ni conocía. Un hombre llamado Francisco intercedió por Brayan, alegando que estaba chavo, y que el problema también era con él. Así que Brayan corrió y se escondió dejando a Francisco con la bronca. Marcos le dijo que no era su problema, pero que, a fin de cuentas, a todos les entraban los golpes. Marcos le soltó el primer golpe y comenzó la pelea. Ahí también se encontraba la novia de Francisco, llamada María, quien se le fue encima a mi

amigo. Intervine y me agarré a golpes con ella, así comenzó una riña en la azotea. De pronto le vi un anillo ostentoso en la mano izquierda y se lo robé. Dejamos de pelear y ella se perdió entre las viviendas de la azotea, no me percaté a cuál de ellas se había metido. Entonces sentí miedo, pues si la había robado, en cualquier momento llegaría la policía y me llevaría a la cárcel por ratera. Ésa era la primera vez que robaba, ni siquiera tenía necesidad, pero al haber consumido chochos, me había alterado y estaba agresiva y con ganas de robar. Bajé las escaleras del edificio a paso veloz para escapar del lugar de los hechos con el botín en las manos (el anillo) y sobre la avenida Insurgentes, le hice la parada a un taxi. Cuando me disponía a abordarlo, recordé que no traía mi mochila, que la había dejado en el departamento de Marcos, y que en ella venían las llaves de mi casa. Regresé y subí con Marcos. Ya no había nadie peleando en la azotea, todo estaba en silencio, así que me dirigí al departamento. La puerta estaba entreabierta y, al entrar, vi que Marcos continuaba golpeándose y forcejeando con Francisco. Entré y tomé mi mochila con la intención de irme, pero Marcos me dijo que en la mesa había un gramo de cocaína en polvo. Como a mí me encantaba drogarme con chato, me senté en la mesa para hacerme unas líneas. Marcos me dijo que pusiera música y prendí la grabadora. Le subí todo el volumen; recuerdo que escuchábamos a Marilyn Manson y yo inhalaba polvo blanco.

Perdí la noción del tiempo. Fue el frío de la mañana y los rayos del día que entraban por la ventana, los que me hicieron reaccionar y volver en mí. Me paré de la mesa, observé y reconocí el lugar donde me encontraba, pero no recordaba qué hacía ahí ni qué pasaba. Entonces me dirigí a la recámara para buscar a Marcos, y lo vi encima de una persona. Inmediatamente se vinieron a mi mente *flashes* de lo que había pasado sobre la riña. Pensé que Marcos lo estaba estrangulando, porque sus manos estaban sobre el cuello de Francisco. Intenté levantar a Marcos, pero al jalar sus brazos, un chisquete de sangre grueso y a presión brotó hacia mi

cara. Francisco estaba lesionado en el cuello por arma blanca. Me impactó aquella imagen y me tropecé con él, caí encima y todo mi cuerpo se llenó de su sangre. A pesar de que traté de parar la hemorragia con ropa oprimida en su cuello, él ya no reaccionaba y se desangraba rápidamente. Aquella persona llamada Francisco yacía tendido en el piso, sin vida, aun cuando él no tenía nada que ver con todo esto.

Dos horas después de los hechos, me detuvieron los judiciales al llegar a mi domicilio. Nos llevaron a una agencia en San Cosme y, de ahí, después de setenta y dos horas, me trasladaron a Santa Martha Acatitla por homicidio y robo calificado, mientras que, por mi causa, Marcos fue remitido al Reclusorio Norte.

La recuperación

Actualmente llevo un proceso de recuperación y desintoxicación con el que estoy reeducando mi mente. Asisto a terapias psicológicas grupales para retroalimentar mi autoestima y vencer mis miedos. Estoy aprendiendo a ser valiente y a quererme. Estar en recuperación, dentro de un programa de alcohólicos anónimos, me ha fortalecido. Llegué a tomar durante muchos meses medicamento psiquiátrico en grandes dosis y así me mantenía dopada, tranquila, pero lejos de una auténtica y sana realidad. Hoy, en mis cinco sentidos, puedo ver una gran diferencia. Tengo una sentencia de veinte años de prisión, y aceptarla también me ha costado un gran esfuerzo. Sería mentir decir que lo he superado, pero estoy en ese proceso. Asumir mi responsabilidad sin buscar culpables es un paso importante. Actualmente sigo en la búsqueda de esa paz que, a medida que pase el tiempo y siga trabajando más roles emocionales, llegaré a sentir genuinamente, algo que nunca conocí: ¡la libertad interior!

Dios

Dios para mí había sido un Dios castigador, al cual solía culpar de todas mis desgracias. Muchas veces vacié en él todo mi resentimiento, le reprochaba una y mil cosas, mi mala suerte, lo injusta que había sido mi infancia, los sueños truncados e inalcanzables, mi debilidad y fragilidad emocional y espiritual, la familia que me dio y la que no me pudo dar, los amigos y el lugar en el que me encuentro.

Hoy también estoy reconciliándome con Él, con la vida. Lejos de seguir enojada por las pérdidas y mi situación, he logrado ser agradecida por el simple hecho de seguir viva, sana y salva, aunque privada de mi libertad, porque gracias a mi rebeldía y los excesos puedo contarles todo esto. Tengo que mirar el panorama con ojos espirituales, contemplar quién soy y mi alrededor. Muchas veces creí que Dios se había olvidado de mí, cuando tantísimas veces me salvó de morir. Todo pasa por algo, y estoy aprendiendo a vivir, a mirar la vida con esperanza y amor. No puedo ver a Dios, pero lo siento. Lejos del enfado y aun en medio de esta oscuridad, Él es quien me da fuerza y voluntad día con día.

La noche quedó atrás,
un nuevo día se anuncia
en el dintel de tu ventana,
ya no dejes que escape tu alegría
ni que vuelva el ocaso a tu mañana.

Llena tu mente de las cosas buenas,
de las cosas positivas que construyen
y deja en el ayer todas las penas,
las negaciones que todo lo
destruyen.

Ya no vivas de ayer, de lamentos,
ya no suenes tu nota discordante,
piensa siempre en todos los momentos
¡que la vida comienza a cada instante!

Fragmentos de “La noche quedó atrás”,
de Víctor Manuel González Otero

Centro Femenil de Readaptación Social Tepepan
México, Distrito Federal